

# LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.



Esta REVISTA se publica  
los días 15 y último de cada mes.

Se remite á la Isla franco de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO  
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

S. Sebastian-75.  
PUERTO-RICO.

Precio de la suscripcion.

12 rs. ctes. por trimestre adelantado.

Solo se admite suscripcion por trimetr.

## RECUERDOS DEL SAN JUAN.

### I.

La brisa susurra y las palmas agitan sus cabelleras; las aves cantan y el sol resplandece sobre los despejados celajes del mes de Junio. Los campos están alegres porque Mayo los ha regado; y en son de fiesta se engalanan con su traje de flores.

La fiesta de San Juan habrá de ser muy placentera para la ciudad del mismo nombre, disponiéndose en cada pueblo el contingente de caballos, de jinetes y aún de *jinetas* para venir á disputarse los aplausos capitales; y lo que es más, no faltará la colecta de bellas damas jibaritas que adornen garbosamente los bailes que se preparan para los días del manjar-blanco.

Esto acontece allá por los años mil, cuando el patron Puerto-Riqueño se celebraba con carreras de caballos; costumbre cuya desaparición nos explicamos porque los gustos cambian, y tal vez la aplaudimos como sacrificio de las viejas cosas en aras de mayor cultura, pero que recordamos con el encanto de lo que pasó al compás de nuestras mocedades.

### II.

Lucía es la hija de un rico hacendado que no por tener su fundo, donde reside, lejos de la Capital, está menos dispuesto á tomar parte con ella en el San Juan.

Es hija única y el padre que se mira en sus ojos, la tiene tan *consentida*, que los deseos de aquella, un "yo lo quiero así papá" expresado con cierto modo entre uraño, gracioso y mal criado, bastan para que él se pliegue á aquella voluntad virgen é imperiosa. ¿Cómo va á dejar de complacer á su hija que además de quererle tanto y ser tan bonita, es el retrato de la madre, de la querida esposa que ya no existe? Máxime, cuando la doncella viene á ser como honra del padre á quien todos dan el parabien por la belleza de la hija. Y luego, baila la danza con tal primor, y monta á caballo con

tal donaire! Vamos, el padre *se bebe los vientos* por la hija á quien ha cuidado de educar, es decir de enseñar á tocar la guitarra (hoy sería el piano), cuyas cuerdas maneja con la misma gracia que las riendas de su brioso Pati-blanco; y es tanto el entusiasmo de Don Anselmo por Lucía, que algunos aconsejan al primero, que lleve siempre un par de limones en el bolsillo para *cortarse la baba*, que á hilo tendido, á chorros, se le cae de la boca, cada vez que la rapaza toca, baila ó jinetea. A la Capital, y viva San Juan!

Dispuestos están ya los peones con su par de banastones cada uno, es decir, cada jamelgo; pues los miriñaques y moños de Lucía, necesitan mas de dos maletas; y á par de esto los dos buenos caballos de *camino*, que á pasode jornada deben ponerles en tres ó cuatro días en la Ciudad. Entónces no había coches ni siquiera ferro-carriles como ahora.

En cuanto á los caballos de *andadura*, paladines que habrán de deslumbrar á los Capitanes en las carreras vespertinas, van de mano y desensillados, llevando otro tercero de carga los arreos y jaeces de pura plata que habrán de servirles. Por lo que atañe á los jacos destinados á las carreras nocturnas, porque, no es cosa de quedarse á medias en lo de correr las cuatro tardes con sus noches, vendrán tambien en debida forma, de modo que lleguen sin gran fatiga. Es decir, que en lugar de aquello de

"para dos perdices dos"

que expresa una famosa comedia antigua, aquí podemos sumar

dos de camino  
tres para arneses y equipajes  
dos para las carreras de la tarde  
dos para la nocturnas  
y uno para las alforjas,

ó lo que es lo mismo:

para diez caballos dos.

En punto á fondas y paraderos, los únicos que tras largas jornadas solían usarse, eran los de

*aquí me zampo*: por eso llevaban consigo las provisiones.

Además, como nuestros abuelos eran dueños del tiempo, lo mismo daba día más que día menos; y así de día contemplaban el sol y alguna que otra noche las estrellas, con la amenidad de sus no desusados chubascos ó bien algun aguacero repentino, que si no se daban prisa, les mojase hasta los tuétanos.

¡Qué meriendas y qué almuerzos á la sombra de los árboles, con la sabrosa empanada, la almojábana no menos ídem y los fiambres algo mas suculentos, cuya confección solía anticiparse al viaje en los animados días de los preparativos! Ni los tiempos aquellos de las bellotas y la clara linfa de las fuentes, que nuestro buen Cervantes apellidó de oro!

Pero en fin, Canaan se representaba á la vista; y después de algunos días de aquí caigo y allá me levanto, de aquí me encharco y allá me ahogo, y de aquí me enlodo y allá me hundo, al través de ancones y de canoas con el caballo á nado, llegaron á la prometida Ciudad con gran contento y no menor cansancio.

Por supuesto, que al entrar en aquella, no se libraron de su *vela* correspondiente, bien gritada y bien repicada con calderos y cacharros.

¡Qué mucho se celebraron los corceles de Don Anselmo! Desde aquel punto pudo contar Lucía con mas de un admirador capitaleño.

El café de Turull estaba atestado de gentes de las dos costas, que solo hablaban *ensordeciéndose* de gallos y caballos.

Allí estaba Tulio que acababa de llegar á la par de Lucía, y que segun su entusiasmo al principio y cierto recelo después al oír las celebraciones que se tributaban á la jóven, podía vislumbrarse que el amor ó sus hijitos los celos andaban en su pecho, haciéndole sentir que aquella hubiese venido á semejante fiesta.

(Continuará.)

A. T. y R.

## ALGUNOS SONETOS DE LUIS DE CAMOENS.

TRADUCIDOS DEL PORTUGUÉS.

Si tanta gloria tengo con mirarte,  
es pena sin igual dejar de verte:  
si presumo con obras merecerte,  
gran pago de un engaño es desearte.

Si por quien eres quiero celebrarte,  
sé, por lo que yo soy, que he de ofenderte,  
Si me quiero á mí mal, por bien quererte,  
¿qué premio querer puedo mas que amarte?

¿Porqué tu raro amor así difiere  
el darme algun consuelo? Oh dulce gloria;  
dichoso quien por tí morir pudiere!

Siempre escrita estarás en mi memoria:  
y esta alma vivirá, pues por tí muere;  
que al fin de la batalla es la victoria.

Si alguna vez la vista un tanto suave  
acaso á mí volveis, en un momento  
me siento con un tal contentamiento  
que ya no temo daño que me agrave.

Mas cuando con desden esquivo y grave  
el rostro me mostrais de amor exento,  
es tanto mi dolor, tal mi tormento,  
que mucho viene á ser que no me acabe.

Pende mi vida pues, pende mi muerte  
del volver de esos ojos, pues podeis  
con volverlos matarme ó darme vida.

Feliz de mí si quiere mi hado ó suerte  
que ó vida, para dárosela, me deis,  
ó muerte, para haber muerte querida.

En un jardín cubierto de verdura  
y esmaltado de mil diversas flores,  
con la diosa se halló de los amores,  
la diosa de la caza y la espesura.

Diana allí cogió una rosa pura,  
la otra un lirio cogió de los mejores:  
pero excedían á las otras flores  
las violetas en gracia y hermosura.

Pregúntale á Cupido que allí estaba,  
de aquellas flores cuál le parecía  
la mas suave, mas pura y mas hermosa;

Y el rapaz sonriendo contestaba:  
"Hermosas son las tres; mas yo querria  
la violeta, y después el lirio y rosa."

Alma mía gentil que te partiste  
de esta vida mortal tan brevemente;  
descansa allá en el Cielo eternamente,  
y viva yo en la tierra siempre triste.

Si en el asiento etéreo á do subiste,  
memoria de esta vida se consiente;  
nunca te olvides del amor ardiente  
que en mis ojos tan puro y firme viste.

Y si ves que algo puede merecerte  
el inmenso dolor que me ha quedado  
del daño irreparable de perderte;

Ruega al Dios que tus años ha abreviado,  
que tan presto de aquí me lleve á verte,  
cuan presto de mis ojos te ha quitado.

Males, que en mi ruina os conjurásteis,  
¿hasta cuando tendreis tan duro intento?  
si dura porque dure mi tormento;  
que os baste cuanto ya me atormentásteis.

Mas si porfiáis así, porque pensásteis  
derribarme de mi alto pensamiento;  
puede mas la razon do lo sustento  
que vos que de ella misma el ser tomásteis.

Y pues vuestra intencion, dándome muerte,  
ha de acabar el mal de estos amores;  
dad ya fin á tormento tan cumplido;

Así de ambos igual será la suerte:  
en vos por acabarme, vencedores;  
en mí porque acabé, de vos vencido.

El tiempo en que de amor vivir solía,  
no siempre andaba al remo encadenado;  
sino que libre á veces ó amarrado,  
en varias llamas variamente ardía.

El Cielo rigoroso no quería  
en un fuego no mas verme abrasado;  
ni que mudando causas al cuidado,  
mudanza hallase la ventura mía.

Y si algun poco tiempo andaba exento,  
era porque engañarme procuraba,  
por volverme á cansar con mas aliento.

Loado sea amor en mi tormento;  
pues que por grata diversion tomaba  
el darme tan cansado sufrimiento.

Todo el mundo en la siesta reposaba,  
y su ardor solo Liso no sentía;  
que el reposo del fuego en que él vivía  
hallábase en la Ninfa que buscaba.

Los montes parecía que ablandaba  
con las penas y angustias que decía;  
mas nada el duro pecho conmovía,  
que puesto en voluntad agena estaba.

Cansado ya de andar en la espesura,  
á un álamo se acerca, y por venganza  
estos versos escribe en la corteza:

"Nunca pongan los hombres su esperanza  
"en pecho femenino, que de natura  
"solamente en variar tiene firmeza."

Se está la primavera retratando  
en vuestra vista deleitosa, honesta,  
y en esa cara hermosa y tan modesta  
se están rosas y lirios dibujando.

Vuestro rostro con gracia matizando  
natura, cuanto puede manifiesta;  
y el monte, el campo, el río y la floresta  
se están de vos, señora, enamorando.

Si no queréis ahora que el que os ama  
pueda coger el fruto de estas flores,  
pierden toda su gracia vuestros ojos:

Porque poco aprovecha, hermosa dama,  
que Amor sembrase en vos tan sólo amores,  
si vuestra condicion produce abrojos.

Siete años de pastor Jacob servía  
al padre de Raquel, serrana bella;  
mas no servía á él, servía á ella,  
que á ella sola por premio pretendía.

Los días, esperando el feliz día,  
pasaba contentándose con vella:  
mas Laban cauteloso en lugar de ella,  
faltando á su palabra, le dió á Lia.

El viendo que le quitan con engaños  
á la que tantos años há que espera,  
cual si ya no estuviera merecida;

Volvió á servir de nuevo iguales años,  
y aún serviría más si no tuviera  
para tan largo amor tan corta vida.

Está el lascivo y dulce pajarito  
con su pico las plumas arreglando:  
el verso sin medida, alegre y blando  
entonando en el rústico arbolito.

El cazador cruel, al pobrecito  
se va con disimulo aproximando;  
y la veloz saeta disparando  
lo arroja en un momento hasta el Cocito.

Así mi corazon que libre andaba  
(como estaba de lejos destinado)  
do menos lo temió, miradle herido.

Por que el flechero ciego me esperaba,  
por poderme coger bien descuidado,  
en vuestros bellos ojos escondido.

Suspiros inflamados que cantais  
la tristeza en que yo viví tan ledo,  
no os llevo hora al morir, pues tengo miedo  
de que al pasar el Lete perezcais.

Escritos para siempre ya quedais  
donde á todos os muestran con el dedo  
como ejemplo de males, y bien puedo  
esperar que de ejemplos les sirvais.

Si veis en alguien largas esperanzas  
de amor y de fortuna (cuyos daños  
tal vez parecen bienaventuranzas),

Le direis que servisteis muchos años,  
y que en fortuna todo son mudanzas,  
y en amor no se encuentran sino engaños.

Triste de mí que á un tiempo lloro y río,  
espero, temo, quiero y aborrezco,  
juntamente me alegre y me entristezco;  
confío en una cosa y desconfío.

Vuelo sin alas, ciego estoy y guío;  
menos alcanzo en lo que mas merezco;  
hablo mucho mejor cuando enmudezco;  
y sin contradicción, siempre porfío.

Se me hace posible lo imposible;  
intento con mudarme estarme quedo;  
usar de libertad y ser cautivo.

Querría visto ser, ser invisible,  
y huyo de la red en que me enredo....  
Tales son los extremos con que vivo!

Nunca en amor dañó el atrevimiento,  
pues la fortuna ayuda á la osadía;  
y siempre la enegrida cobardía,  
sirve de piedra al libre pensamiento.

Quien se eleva al sublime firmamento,  
en él halla la estrella que lo guía;  
que el bien que encierra en sí la fantasía,  
no es mas que una ilusión que lleva el viento.

Se debe abrir el paso á la ventura;  
quien no se ayuda no será dichoso;  
la suerte al comenzar sólo aprovecha.

Atreverse es valor y no locura;  
perderá por cobarde el venturoso  
que os ve, si los temores no desecha.

## LA RAMITA DE CIPRES.

### NOVELA.

En una de las mas opulentas y hermosas  
ciudades de Andalucía, vivía á mediados del  
siglo anterior, un caballero llamado Don Al-  
fonso, mas rico de virtudes que de bienes de  
fortuna, aunque estos eran cuantiosos.

Viudo había muchos años y próximo á la  
vejez, reconcentraba todo su cariño en una hi-  
ja única, su esperanza y su consuelo: Isabel,  
dotada de un alma profundamente sensible y  
de cuantas gracias puede prodigar la naturale-  
za á una mujer, ignoraba á los diez y seis años  
aquel afecto que causa tanto placer y tanta  
pena.... el amor que invocamos con tantas  
ansias en la primavera de la vida, y que fre-  
cuentemente es el origen de tantos tormentos  
y pesares!

Prometida por su padre en casamiento á  
Don Francisco de Castro, que con cincuenta  
años, de genio caprichoso y de modales adus-  
tos, estaba muy lejos de ser amable, veía Isa-  
bel con bastante indiferencia acercarse el ins-  
tante de su union. Su corazon la hacía vislum-  
brar, como al través de un velo, que si fuera  
dueña de su suerte no escogería por esposo, á  
Castro; pero su corazon estaba libre, y ade-  
mas, el hombre que se la destinaba por esposo,  
había salvado la vida de un padre que adoraba,  
y la obediencia bastaba para hacerla feliz.

Un mes antes de este matrimonio, un so-  
brino de Don Alfonso que vivía en un pueblo  
de la provincia de Leon, vino por primera vez  
á visitar á su tío y á su prima. Huérfano Ra-  
mon desde la infancia, había frecuentado poco



el mundo, y su carácter apasionado ofrecía una mezcla de melancolía y de originalidad, debido al clima sombrío y selvático en que había nacido; no obstante su educación no había sido descuidada, pues reunía á la cultura de las letras la de las artes, y cuando acompañándose con la guitarra cantaba las dulces églogas del tierno Garcilaso, su voz expresiva causaba una emoción profunda á los que le oían. No era hermoso, pero su figura delicada expresaba todas sus sensaciones, siendo sus miradas de una dulzura notable. En efecto, era uno de aquellos hombres que lo producen poco sobre los seres vulgares, al paso que, cuando encuentran una de aquellas almas privilegiadas á quienes exalta la hermosura moral de una fisonomía, dejan en esta alma encantada recuerdos indelebles.

Habían trascurrido pocos días desde la llegada de Ramon, cuando ya los primeros ataques de un afecto mas fuerte que la amistad y el parentesco, habían herido su corazón y el de Isabel. Las mujeres, sometidas por las leyes sociales á una reserva que aumenta su imperio, han recibido felizmente de la naturaleza el arte de ocultar el amor que sienten; é Isabel se sirvió de él con tanto mas cuidado, cuanto no creía ser amada; en efecto, Ramon, que conocía la necesidad de callar, y que por otra parte no notaba en su prima sino la política fría que no alentaba sus esperanzas, empleaba todos sus esfuerzos en disimular la impresión que le había hecho: sin embargo, había momentos en que estaba dispuesto á revelar sus afectos: Don Alfonso lo conocía, y creyó que este cariño era demasiado súbito para ser durable, y de consiguiente, que se desvanecería con la ausencia: su razón le advertía que mejor convendría para su hija su sobrino, que su amigo Castro; pero á éste había dado su palabra, y viendo además la fingida indiferencia de Isabel, se tranquilizó y se celebró el matrimonio. Por espacio de quince días no se ocuparon en otra cosa en la casa de Don Alfonso sino en fiestas y regocijos: las diversiones ruidosas que acompañan comúnmente á una boda, importunaban á Ramon, que á pesar suyo se entregaba á una pasión sin esperanza, entristeciéndose desde aquel momento mucho mas que antes. Bien pronto se disipó la turba de amigos y parásitos; y el mismo Ramon formaba el proyecto de marcharse al día siguiente; pero volvió á ver á la encantadora que fijaba su destino, y se destruyeron sus sábias resoluciones.

Agradaba mucho á Isabel que su primo la leyese los poemas italianos, porque aquél daba el mayor realce á la lengua rica y melodiosa del cantor de Jerusalem. Una hermosa mañana de otoño, mientras que su padre y esposo se entretenían en la caza, propuso ella á su

primo, á quien encontró en el jardín, la leyese algunos versos del Dante. Entraron en un pabellón en el que había un surtido de los mejores poemas nacionales y extranjeros: Ramon tomó el Dante y abrió el tomo por el canto 5.<sup>o</sup>; ya se sabe que en este canto describe el poeta con una verdad espantosa, los tormentos reservados para las almas embriagadas de un amor ilegítimo: al llegar aquel pasaje en que Dante pone en boca de Francisca de Rimini estas palabras: "este amor que no combate largo tiempo un corazón amado, me fijó con nudo tan estrecho á mi amante, que ni la muerte pudo deshacerlo" Una turbación extraordinaria se apoderó de Ramon que interrumpió por un instante la lectura; pero al leer después las palabras siguientes: "¡léfamos un día, en un rato delicioso, como venció el amor á Lancelot: yo estaba sola con mi amante, sin desconfianza; mas de una vez se pusieron pálidos nuestros semblantes, y nuestros ojos cubiertos con un velo se encontraron..... Este momento fatal nos perdió á entrambos!"..... el libro y una ramita de ciprés que Ramon tenía en la mano, caen al suelo; entónces precipitándose á los pies de la esposa de Castro, exclama: Ah! ¡porqué no me amais así?... Yo arrostraría todos los horrores del infierno!".... Este acento apasionado, estas palabras ardientes, levantaron una tempestad terrible en el corazón de Isabel.... una palidez mortal cubre su rostro.... pero el conocimiento de sus deberes la hace superar el peligro, y logrando vencerse la responde con dignidad: "Levantaos: si no mereciérais mi cólera excitaríais mi compasión: después de semejante injuria el permanecer un solo instante en esta casa no puede permitirse.... así, os destierro — Es una sentencia sagrada para mí, replicó Ramon con voz trémula.... Es bien cruel; no obstante, por obedeceros todo me será fácil!.... Vuestra memoria me sostendrá durante mi vida, pero también estarán presentes á mi corazón las cualidades que me han subyugado para siempre!.... Gran Dios! es mi eterna condenación lo que acabo de pronunciar! mi corazón me enajena.... olvido qué esta palabra *siempre* me anuncia que no puedo volver á veros! ¡qué desgraciado soy!... pero lo seré yo solo! Adios!"

Al decir estas palabras se adelanta á pasos precipitados hacia la puerta del pabellón. En el momento en que iba á atravesarla, no pudiendo resistir al deseo de contemplar por última vez las facciones de la que amaba, vuelve el rostro.... y ¡qué delirio no embarga su corazón al ver que Isabel estrechaba contra su corazón la ramita de ciprés que acababa de recoger! Con que soy amado, dice con transporte; no obstante, es preciso que huya de aquí, mi honor me lo manda!... ¡O tú, ídolo de mi

vida, escucha la plegaria que en este instante solemne te dirijo: si la suerte nos es algun dia mas favorable, que esa rama de ciprés, me anuncie entónces que ya puedo verte sin crimen!" Y haciendo un esfuerzo violento sobre sí mismo, se lanza en el jardín y regresa á la casa en donde ya estaba de vuelta Don Alfonso: Ramon le anuncia que asuntos importantes le llaman á Leon. Su aire triste y abatido, aquella marcha precipitada no admiraron á su tio, pues que no dejó de conocer el motivo, y evitando manifestarlo, aprobó la resolucion del sobrino, inspirándole éste la mas profunda estimacion. Terminaron muy pronto los preparativos de aquella marcha, y no bien había pasado una hora, cuando despidiéndose de su prima subía en un coche, y en breve perdió de vista las murallas de la ciudad.

¡Quién no habrá experimentado una vez á lo menos los tormentos de una separacion! Nosotros contraemos con tanta facilidad la dulce costumbre de existir al lado del objeto de nuestro amor, de respirar el aire que respira, que cuando carecemos de su presencia parece que perdemos la mitad de nuestra vida. Ramon entregado á la melancolia y á la mas viva agitacion, conoció que el solo medio de evitar el último período de la desesperacion, era viajar. En las afecciones del alma, el movimiento del carruaje, la diversidad de objetos que se ofrecen á la vista, la mutacion de los lugares, producen el efecto del opio sobre ciertas afecciones del cuerpo: no se cura, pero se embota el dolor: cuando el mal es incurable ¿no es conseguir mucho sufrir menos? Ramon quiso hacerlo así; para esto, despues de haber pasado algunos dias en Madrid salió para París, á donde llegó á los cinco dias. Esta inmensa capital, sus reuniones, representaciones teatrales y sesiones académicas que se verificaban diariamente y á las que procuraba asistir, le distraian algun tanto del objeto principal de su viaje. En las reuniones particulares se mezclaban asuntos políticos con las discusiones literarias; pero estas obtenian siempre la preferencia. El nacimiento de Ramon y su cualidad de extranjero le daban acogida con benevolencia en todas partes, y á todas llevaba el pesar de la ausencia y la memoria de Isabel. Su pena no experimentaba mas alivio que cuando se hallaba en compañía de dos jóvenes compatriotas. Llegó la primavera, y como uno de estos, entusiasta admirador del Dante y del Ariosto, desease recoger nuevas inspiraciones en la tierra de aquellos, Ramon hizo con ellos el viaje á Italia; y despues de recorrerla en parte, vino por último á fijarse en Roma.

El aspecto noble y melancólico de esta vasta ciudad, sus estériles campiñas, que llevan el sello de la desolacion, sus ruinas patentizando la vanidad de las obras humanas y la

fragilidad de los imperios; el polvo de los grandes caminos imperiales que ni aun conservaron las huellas del carro de los dueños del mundo: toda esta reunion de gloria pasada, de desolacion y luto estaba en armonia con la situacion de Ramon. A las orillas del Tiber, en el Panteon que tantos dioses habian abandonado, bajo las bóvedas de las basílica de San Pedro; en el seno de aquellas catacumbas donde se preparaban los primeros cristianos para recibir la palma del martirio, allí Ramon hallaba siempre á Isabel: era élla para él como el fantasma dulce y cruel que encantaba y atormentaba al Taso en la corte de Ferrara, en su prision y en las riberas del Tesino y del Medutáuro.

Acababa de cumplirse el tercer año de su destierro: una noche que se encontraba en la ventana de su aposento, observando el efecto admirable que producía la luna sobre los arcos medio demolidos del coliseo; fijo su pensamiento en las nubes que por intervalos ocultaban el astro de la noche ó dejaban penetrar su luz con todo su esplendor: "Así, decía, la existencia está llena de contrastes y misterios, y la felicidad y la desgracia iluminan y oscurecen alternativamente nuestro destino."

Cuando se hallaba entregado á estas ideas, oye abrir de repente la puerta de su aposento, y su criado le entrega una carta que acababa de llegar de España: un presentimiento, que no puede definir, le agita... el temor y yo no sé qué esperanza le llenan de la mayor perturbacion: rompe el sello!... Cuál es su asombro, cuál su regocijo al no ver bajo aquel sobre mas que una rama seca de ciprés!... Al instante el porvenir mas feliz se presenta á su imaginacion y le halaga con las mas dulces esperanzas. No duda que ya es libre Isabel, y que ella, al recordarle su despedida, cuenta con pertenecerle sin ser culpable: así lleno de esta idea, dispone su regreso á España, á donde llega felizmente.

Transportémonos con Ramon al jardín de la casa de su tio. ¡Cómo palpita su corazon al descubrir por entre las ramas de aquellos antiguos árboles, el pabellon en que supo que era amado!

Se presenta á su tio que le acoge con la mayor bondad y le anuncia que un año despues de su destierro había muerto el marido de su hija de una afeccion pulmonar resultado de las fatigas de la caza, y le propone presentarse á la joven viuda.

A pesar de su turbacion, advierte Ramon, sobre el costurero de Isabel, un vaso que contiene una ramita de ciprés. Isabel iba á deber su felicidad al árbol lúgubre, siendo en adelante su fruto sagrado y su vista alegre!

Levanta el velo que cubría su rostro y dirigiendo á su primo una mirada llena de ternu-



ra—Ya cesó, le dijo, vuestro destierro. Ya recibisteis la carta de gracia; pero os aconsejo, añadió con sonrisa encantadora, que quedeis prisionero en esta casa. Descansad en mí el cuidado de dulcificar los rigores de vuestra cautividad—Isabel—exclamó Ramon, postrándose á sus plantas—soy vuestro esclavo, sí, lo juro; mi dulce cautividad será eterna!

—Que sea tu esposo, hija mia, dijo. Don Alfonso; pues quien tan bien supo conciliar el amor con el honor, merece la felicidad.

#### UN CORAZON Y UNA FLOR.

—Ayer, flor bella y gentil,  
por tu aroma y tus colores  
eras reina de las flores  
y el orgullo del pensil.  
Hoy, marchita y agostada  
te miro sobre tu tallo;  
y por mas que busco, no hallo  
tu belleza ya pasada.

¿Mueres, verdad?

—Sí, de amor.

—¿De amor! ¿y quién te lo inspira?

—Ese sol que hermoso gira

de la tierra en derredor.

Al nacer, ¡ay! conmovida

le amé con cariño ciego;

me amó, mas su amor es fuego....

sus besos quitan la vida....

¿Amas tú tambien?

—¡Oh, sí!

—¿A quién?

—¿A un sol de hermosura.

—¿Y te dá.....

—¡Solo tortura!

—Lo mismo que el sol á mí.

—¿Y no hay remedio á tu mal?

—Sí, una gota de rocío;

¿puedes dármele?

—Dios mio,

no puedo!

—¡Suerte fatal!

¡ya sin esperanza quedo!....

¿Y á tu mal tampoco, niño,

hay remedio?

—Su cariño;

¿puedes dármele?

—¡No puedo!

—Muero.....

—Morirémos los dos.

—(¡Si su cariño, Dios mio....)

—(¡Si una gota de rocío....)

—¡Adios, flor, adios!

—¡Adios!

Antonio Hernandez Perez.

#### CUENTO DE EDGARDO POE.

#### DOBLE ASESINATO.

(Continuacion.)

—La descripcion de los dedos, dije, cuando hube terminado la lectura, concuerda per-

fectamente con el dibujo. Veo que ningun animal, excepto un orangutan, y de la especie en cuestion, puede haber dejado huellas semejantes á las que habeis dibujado. Este mechon de pelo áspero tiene un carácter idéntico al del animal descrito por Cuvier; pero no me explico fácilmente los detalles de este horrible misterio: por otra parte, las voces que reñían eran dos, una de ellas, probablemente, la de un francés.

—Es cierto; y recordareis una expresion atribuida casi unánimemente á esta voz, la expresion ¡Dios mio! Estas palabras en las presentes circunstancias, han sido caracterizadas por uno de los testigos (Montani el confitero) como expresando un reproche y dirigiendo reprensiones. Sobre estas dos palabras he cifrado la esperanza de descifrar completamente el enigma.

Un francés ha tenido conocimiento del asesinato; es posible, es mas que probable que es inocente de toda participacion en este sangriento crimen; el orangutan puede haberse escapado. Es posible que su dueño le haya seguido hasta el cuarto, pero que en las terribles circunstancias que han sobrevenido no haya conseguido apoderarse de él. El animal anda todavia libre. No seguiré estas congeturas, no tengo derecho de dar otro nombre á estas ideas, puesto que las sombras de reflexiones que le sirven de base son de una profundidad apenas bastante para ser apreciadas por mi propia razon, y no pretenderé que sean apreciables para otra inteligencia. Las llamaremos, pues, congeturas, y no las tendremos sino por tales.

Si el francés de que se trata es, como supongo, inocente de esta atrocidad, el anuncio que dejé anoche, cuando regresamos á casa, en las oficinas del periódico *El Mundo* (hoja consagrada á los intereses marítimos y muy buscada por los marinos) le traerá á nuestra habitacion.

Alargóme el papel y leí:

*Aviso.*—En la mañana del.... del corriente (la mañana del asesinato,) muy temprano se encontró en el bosque de Boloña un enorme orangutan salvaje de la especie de Borneo. Su dueño (que se sabe es un marino que forma parte de la tripulacion de un buque maltés) puede recobrar el animal, despues de haber dado las señas y reembolsado los gastos á la persona que se ha apoderado de éste y que lo conserva en su poder. Darán razon en la calle de.... número.... barrio de San German, tercer piso.

—¿Cómo habeis podido saber, pregunté á Dupin, que el hombre era un marino y que navega en un buque maltés?

—No lo sé, respondió, no estoy seguro de ello. Sin embargo, he aquí un pedazo de

cinta que, según juzgo por su forma y aspecto grasiento, ha servido evidentemente para anudar el pelo de una de esas largas colas que hacen á los marineros tan fieros y altivos. Además, pocas personas, excepto los marinos saben hacer estos nudos, y es particular de los malteses. He recogido la cinta al pie de la cadena del para-rayos. Es posible que haya pertenecido á las víctimas. Como quiera que sea, si me he engañado infiriendo de esta cinta que el francés es un marinero perteneciente á la tripulación de un buque maltés, á nadie habré perjudicado con el anuncio. Si estoy en un error, supondrán que me he dejado engañar por alguna circunstancia que no se han de tomar la molestia de averiguar; al paso que si no estoy equivocado, tengo mucho adelantado.

El francés que tiene conocimiento del asesinato, por mas que sea inocente del crimen, naturalmente vacilará en responder al aviso, en reclamar su orangutan: discurrirá así: "Soy inocente, soy pobre; mi orangutan es de gran precio, es casi una fortuna en una situación como la mía: ¿porqué lo he de perder por una necia aprehensión de peligro? puedo recobrarlo: ha sido encontrado en el bosque de Boloña; á una gran distancia del teatro del crimen. ¿Quién irá á suponer al animal autor del atentado? La policía ha perdido la pista, no ha podido dar con el hilo conductor. Aun cuando se sospechara del animal, sería imposible probarme que he tenido conocimiento de este hecho, ó culparme en razón de este conocimiento. A pesar de todo yo soy conocido; el redactor del anuncio me designa como dueño del animal, aunque no sé hasta donde se extiende su certeza. Si no me presento á reclamar una propiedad de tan crecido valor, que se sabe me pertenece, puedo hacer que recaigan sospechas en el animal, lo que no me conviene. Acudiré decididamente al aviso del periódico, recobraré mi orangutan, y le encerraré sólidamente hasta que se haya olvidado este negocio."

En este momento oímos pasos que subían la escalera.

— Preparaos, dijo Dupin, preparad las pistolas; pero no os sirvais de ellas, no las saqueis sin que antes os haga yo una seña.

Habíamos dejado abierta la puerta cochera, y el que venía á visitarnos había entrado sin llamar y subía ya la escalera; pero no parecía sino que vacilaba. Dupin se dirigió vivamente á la puerta, cuando oímos que volvía á subir. Esta vez se levantó deliberadamente y llamó á la puerta de nuestro cuarto.

— Entrad, dijo Dupin, con voz alegre y cordial.

Un hombre entró. Era efectivamente un marinero, alto, robusto y musculoso, con una

apariencia de audacia de todos los diablos, que no disgustaba del todo. Su semblante fuertemente tostado por el sol, estaba medio oculto por la patilla y el bigote. Llevaba un grueso palo de encina, única arma al parecer. Nos saludó con poca gracia y nos dió las buenas noches con un acento francés que, aunque algo bastardeado del suizo, recordaba bastante un origen parisiense.

— Sentaos, dijo Dupin, supongo que vendreis por el orangutan. A fe mía, casi os lo envidio, es muy hermoso y costará buenos francos. ¿Qué edad le haceis? El marinero respiró satisfecho, como un hombre aliviado de un enorme peso, y replicó con voz firme.

— No puedo decíroslo, pero me parece que tendrá cuatro ó cinco años. ¿Lo teneis aquí?

No; no tenemos sitio cómodo donde encerrarlo. Está en el pesebre de un picadero inmediato, en la calle de Dubourg. Mañana os lo podreis llevar, si probais que os pertenece.

— Lo probaré.

— Creed que siento separarme de él, dijo Dupin.

— Presumo, replicó el hombre, que no os habreis molestado gráti, lo presumo y estoy pronto á pagar una recompensa á la persona que ha encontrado al animal, una gratificación razonable, se entiende.

— Muy bien, contestó mi amigo, es muy justo. Veamos ¿qué daríais? ¡Ah! yo os diré la gratificación que quiero: contadme cuanto sepais relativamente á los asesinatos de la calle de Morgue.

Dupin pronunció estas últimas palabras en voz baja y muy tranquilamente. Dirigióse á la puerta con la misma calma, la cerró y puso la llave en su faltriquera. Luego sacó una pistola y la dejó sosegadamente encima de la mesa.

El rostro del marinero se volvió purpúreo, como si se hallara en las agonías de una sofocación, se puso en pié y empuñó el baston: pero un segundo después, dejóse caer de nuevo en la silla, temblando violentamente y con la muerte en la cara. No podía articular una sola palabra. Yo le compadecía desde el fondo de mi corazón.

— Amigo mío, dijo Dupin con voz llena de bondad, os alarmais sin motivo, creedme: no tratamos de haceros daño alguno. Por mi palabra de hombre honrado y de francés, no abrigamos intenciones siniestras contra vos. Me consta que sois inocente de los horrores de la calle de Morgue, aunque no significa que no os hallais implicado en el asunto. Lo que acabo de deciros debe probaros que estoy seguro de lo que ha pasado por medio de investigaciones que nunca sospechareis. Nada habeis hecho que hayais podido evitar, nada segura-



mente que os haga culpable. Habríais podido robar impunemente, y no sois culpable de robo: nada teneis que ocultar, ni razones para que ocultéis algo. Por otra parte, todos los principios del honor os obligan á confesar cuanto sepais. Un hombre inocente se halla en la actualidad preso y acusado del crimen, cuyo autor podeis indicar.

Mientras Dupin pronunciaba estas palabras, el marinero había recobrado en gran parte su presencia de ánimo; pero toda su primera audacia había desaparecido.

— ¡Dios me proteja! dijo después de una corta pausa; os diré todo lo que sé respecto á este asunto; pero no espero que creais la mitad; sería un majadero en esperar lo contrario. Puedo aseguraros que soy inocente, y descubriré todo el secreto aunque me haya de costar la vida.

— Hé aquí en sustancia lo que nos contó: Acababa de hacer un viaje por el archipiélago indio. Una cuadrilla de marineros de la cual formaba parte, desembarcó en Borneo, y penetró en el interior para hacer una escursión de aficionados. Él y uno de sus compañeros se apoderaron del orangutan; murió el compañero, y el animal pasó á ser exclusivamente suyo. Después de muchas incomodidades causadas por la indomable ferocidad del cautivo durante la travesía, consiguió al fin instalarle en París en su propia casa, y para no atraer la insoportable curiosidad de los vecinos, había cerrado cuidadosamente al animal hasta que se hallase curado de una herida en el pié que se había hecho á bordo con una astilla, pues trataba de venderlo.

Volviendo una noche, ó mas bien una mañana, la mañana del asesinato, de una fiesta de marineros, encontró al animal instalado en su dormitorio: se había escapado del aposento vecino donde le creía perfectamente cerrado. Estaba sentado delante de un espejo, con una navaja de afeitar en la mano, la cara cubierta de espuma de jabón, y trataba de afeitarse como sin duda lo había visto hacer á su amo espiándole por el ojo de la llave. Lleno de terror al ver arma tan peligrosa en las manos de un animal tan feroz, muy capaz de servirse de ella, el hombre no había sabido durante algunos momentos que partido tomar. Tenía por costumbre domar al animal, aún en sus mas furiosos accesos, por medio de latigazos, y quiso entonces acudir á este mismo medio; pero al ver el látigo el orangutan dió un salto al través de la puerta del cuarto, se escurrió por la escalera, y aprovechándose de una ventana abierta por desgracia, se arrojó á la calle.

Desesperado el francés persiguió el mono, el cual empuñando la navaja deteníase de vez en cuando, y se volvía haciendo gestos al hombre que le perseguía, hasta que viéndose á

punto de ser alcanzado, emprendió de nuevo la fuga. Esta caza duró un buen rato. Las calles estaban profundamente tranquilas; serían las tres de la mañana. Al atravesar un callejón detrás de la calle de Morgue, una luz que partía de la ventana abierta de la señora Espanaye llamó la atención del fugitivo, el cual se precipitó hacia la pared, vió la cadena del para-rayos y se encaramó con inconcebible agilidad, agarróse del postigo que se hallaba completamente caído y apoyándose encima lanzóse dentro de la habitación.

Toda esta gimnástica no duró un minuto. El postigo había sido rechazado contra la pared por el salto que el orangutan dió al precipitarse en el aposento.

El marinero estaba á la vez contento é inquieto. Por una parte tenía esperanzas de apoderarse del animal, que difícilmente podía escaparse de la trampa en que había caído, y de la cual era fácil evitar que se libertara; pero por otra, estaba inquieto por lo que podía hacer en la casa. Esta última reflexión movió al hombre á emprender de nuevo la persecución del fugitivo. No es difícil para un marinero encaramarse por una cadena de para-rayos, pero llegado á la altura de la ventana, situada bastante lejos á su izquierda, se encontró con que no podía subir mas, y hubo de contentarse con mirar en el interior del cuarto. Lo que entonces vió casi le hizo soltar la cadena en el exceso de su terror. En aquel momento se oyeron los horribles gritos que al través del silencio de la noche despertaron sobresaltadamente á los vecinos de la calle de Morgue.

La señora Espanaye y su hija, vestidas con sus batas de noche, se hallaban sin duda ocupadas en colocar algunos papeles en el cofrecito de hierro de que se ha hecho mención y que habían llevado al centro del cuarto. Estaba abierto y todo su contenido disperso por el suelo. Las víctimas se hallarian de espaldas á la ventana, y á juzgar por el tiempo transcurrido entre la invasión del animal y los primeros gritos, es probable que no lo vieron enseguida. En cuanto al ruido del postigo, lo atribuirían al viento.

Cuando el marinero miró hacia dentro del cuarto, el terrible animal había agarrado á la señora Espanaye por los cabellos que estaba peinando, y agitaba la navaja en torno de su cara, imitando los gestos de un barbero. La joven se hallaba en el suelo, inmóvil; se había desmayado.

(Concluirá.)

*Establecimiento Tipográfico de Gonzalez.*